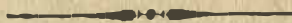


no hablar de Ti, oh Señor, que eres el artifice de tan espiritual, diáfana y prodigiosa fábrica!

Ya veis, señores académicos, cómo en busca del gramático hemos ascendido desde la cuna en donde duerme el niño hasta el pie de la cima inaccesible en donde se muestra a nuestra inteligencia el Sér Supremo. Hemos encontrado al gramático en la humilde escuela de primeras letras y hemos llegado hasta el *verbo mental*, altísima cumbre de la filosofía. No me negaréis, señores académicos, que el gramático ejerce en todas las épocas y en todos los puntos del globo una desinteresada tarea de cultura y patriotismo dignos de encomio y honor. Agregad a esto que en nuestra Patria los gramáticos han trazado muy bellas páginas de nuestra historia. Considerad que otro abogado más diestro que yo hubiera hecho del gramático una defensa a la altura de tan importante personaje. Modificad, pues, vuestro clarísimo juicio en favor de mi defendido y perdonadme a mí el largo uso que he hecho de vuestra benevolencia.

He dicho.



DISCURSO

DEL DOCTOR JOSE JOAQUIN CASAS

Señores académicos:

Con verdadero regocijo, con efusión del alma desempeño el encargo, por mí mismo a impulsos de vieja amistad solicitado, de presentar el saludo de bienvenida a don Luis María Mora el día en que viene a sentarse entre nosotros llenando la vacante del inolvidable secretario perpetuo de la Academia Colombiana don Diego Rafael de Guzmán, el caballero andante de la noble lengua castellana en nuestra patria.

Sobrados y envidiables títulos acreditan al señor Mora para tan honrosa sucesión. El de doctor en filosofía y letras, adquirido allá en temprana juventud y con extraordinario brillo en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en él menos que en nadie es dictado decorativo más o menos conforme con estudiosas aficiones, sino verdadero blasón y corona de merecimientos. Dotado de agudísimo ingenio de pura cepa bogotana, de profundo talento, de imaginación risueña y variada como una huerta sabanera, formado en la recia disciplina y taller de fortaleza de la filosofía escolástica y en el trato directo y familiar de los maestros griegos y latinos, nutrido con la lectura diurna y nocturna de nuestros clásicos, erudito concededor de varias lenguas modernas y de sus respectivas literaturas, profesor de didáctica y de filología, estilista de acerada pluma que que ha hecho del bien hablar segunda naturaleza y en quien van iguales la corrección y la soltura, polemista de mucho nervio y muy fogueado en las lides del periodismo, el señor Mora es, además de otras cosas fundamentales, un filósofo y un literato de verdad, todo un humanista, digno de ser vuestro colega. Su personalidad política y literaria no ha resultado como formación allegadiza de circunstancias y oportunidades, sino que es obra suya, muy deliberada y consciente, ejecutada, eso sí, dentro de atmósfera muy propicia y bajo muy favorables influjos: *Fortes creantur fortibus*. La escuela filosófica a que pertenece, a la que tanto se calumnia de estrecha, formulista y autoritaria, lejos de encadenar ha estimulado el libre vuelo de su espíritu. El es de los que, para desmentir una vez más a los denigradores de la escolástica, respetando con sumo respeto a los maestros, no saben jurar sobre sus palabras: es filósofo tomista, no por imposición ni por temor reverencial, sino, antes que por compromiso de claustro, por honda con-

vicción, a plena conciencia, y con entusiasmo de cabeza y de corazón. Pensador de ideas propias, expone las suyas con noble independencia y las defiende, a veces en bravas acometidas, con el brío, la pujanza y hasta la vehemencia que da la convicción honrada y profunda. Sabe mucho, sabe bien lo que dice y lo dice en gallarda prosa limpia de todo amaneramiento, sin jactanciosos alardes, pero sí con la elegancia y desenfado de quien conoce sus fuerzas y se halla seguro en la posesión de su doctrina. Consecuente con sus principios ama la tradición y anhela por el progreso, entendiendo que éste no se concibe sin aquélla, que es su indispensable fundamento y punto de partida, y sin la cual la humanidad estaría comenzando perpetuamente. No escribe por escribir ni por el vano afán de hacer viso, sino siempre con alta intención y en oportunidades en que pueda salir a la defensa de una buena causa o hacer frente a error alguno que trate de imponerse en materia política, didáctica o estética, o discurrir sobre institución, empresa u obra alguna dignas de la atención de las gentes. Publicista de conciencia y artista delicado, estima el oficio de la pluma no como pasatiempo baladí o medio de especulación lucrativa, sino como grave ministerio, lleno de responsabilidades, que ha de ejercerse sólo en servicio de Dios y de la Patria, y en forma propia de tales asuntos. Para él la literatura ha de tener en cualquiera de sus géneros trascendencia social educativa, conforme al dicho del gran Manzoni: «Si el fin de las letras debiera ser divertir a esa clase de gente que no piensa sino en divertirse, serían la más frívola, la más abyecta, la última de las profesiones.» Católico sincero y piadoso, profesa la religión con humilde llaneza, reza el rosario, confiesa y comulga, sin el menor asomo de aquella vergonzosa enfermedad de cobardía que llaman *respeto humano*; y, llegado el caso, salta a la arena a defender sus creencias.

con la seguridad y ardentía de un apologista bien armado; y todavía no contento con esgrimir la pluma en tan noble empeño, si necesario fuere sale a campaña militar, como cumplido caballero dispuesto a sacrificarse en homenaje a las instituciones que encarnan y simbolizan su credo religioso y sus convicciones políticas. Su amplitud de miras y afectos es la que dan de sí los principios incommovibles dominadores del pensamiento y de la creación, y no la del transaccionismo incoloro, sin peso de ideas, flotante a cualquier viento de doctrina y ante quien, salvas diferencias de nombre, da lo mismo una corriente de ideas que otra, una tesis ético-política que su contradictoria. Patriota fervorósísimo, ve siempre resplandeciente a su vista la imagen de esta nuestra dulce y sagrada Patria colombiana, creación de tántos sacrificios y de tánta gloria, a la cual rinde culto, de quien ha hecho centro de sus meditaciones, singular objeto de sus desvelos y asunto ordinario de sus escritos. Como quiera que el escritor sea el reflejo del hombre, como el artista y la obra se explican y comentan, según lo observan aun los que no han leído a Taine ni a Sainte-Beuve, no quiero dejar de añadir, para más expresión de este ligero esbozo y satisfacción mía, que el señor Mora es hombre de excelentes prendas de corazón, un miembro de familia lleno de ternuras y solicitudes, un amigo modelo de fidelidad y consecuencia, y junto con eso un tertulio o platicador exquisito, de expansivo carácter y ámenísimo trato, cuya conversación, lo mismo que sus escritos, chispea de observaciones agudas y originales ocurrencias de estilo bogotano, algunas de las cuales conoce y celebra el público. ¿Es raro que quien posee tales prendas goce de tan generales simpatías? Túvolas ya desde el colegio, donde sus condiscípulos le dieron, con discreta alusión muy propia de estudiantes el cariñoso apodo de *Moratín*, que, como todos los de igual pro-

cedencia, ha logrado fortuna; y es lo cierto que existen notables analogías entre el tipo literario de este *Moratín* nuestro y el del famoso autor de *La derrota de los pedantes*, *La comedia nueva* y *El filosofastro*. Distinguese también nuestro erudito compañero, a fuer de buen patriota hasta en eso, como fino observador de los usos y costumbres de nuestro pueblo y aficionado a seguirlos en cuanto tienen de decoroso y artístico. Pues bien, este hombre de espíritu regocijado, que gusta de ponerse en familiar contacto con el pueblo, como solían aquellos ilustres santafereños del tiempo de *El Mosaico*, tuvo ya en los primeros años de su carrera alientos bastantes para tomar a pulso los libros de Balmes, comenzando por la *Filosofía fundamental*, y encumbrarse con ellos a aquellas desvanecedoras alturas, donde sólo anidan las águilas; y la tesis que para doctorarse escribió entonces, y en la cual analiza y juzga, con estupenda precocidad, las obras del gran filósofo de Vich, sorprendió por su solidez y copia de doctrina a sabios prelados españoles, y arrancó aplausos a escritores de la talla de Juan Maragall. Como literato ha ejercido la crítica en numerosos artículos y disertaciones, entre las que merece especial mención la titulada *De la decadencia y el simbolismo*, donde con la sagacidad y erudicción de un maestro y de muy donosa manera estudia los orígenes, desarrollo y carácter de esta no escuela sino enfermedad literaria del decadentismo, reflejo de alarmante enfermedad moral y que bien puede contarse entre los signos fatídicos de tiempos calamitosos. En un libro de reciente fecha, titulado *El alma nacional*, donde ha puesto el señor Mora toda la suya, trata en diez capítulos de regalado estilo, con mucha novedad, con gran conocimiento de nuestra historia y muy delicado sabor local, de los siguientes asuntos: *Dios y religión*, *la Patria*, *la lengua materna*,

la República, el maestro y la escuela, el carácter, el culto de los héroes, himno nacional y cantos patrióticos, historia patria y geografía, y la raza. ¿Por qué, me he preguntado más de una vez con algo así como despecho, este libro tan bien pensado y tan bien escrito, ofrenda de amor a Colombia, en que se estudian de modo tan magistral cosas de tanto interés para nosotros, un libro que debiera ser de lectura usual en las escuelas y a menudo citado en conversaciones y discursos, ha hecho tan poco ruido en los portales y galerías de la prensa? ¿no es tal indiferencia un triste indicio de la que va invadiendo la sociedad para con todo lo que no sea *financiar* empresas, *controlar* bancos, *constatar* operaciones, *reportear* a los caballeros del petróleo y *entrenar* negociantes? Entre tanto las columnas de muchos periódicos se ven angostas para anunciar al mundo, a par de los grandes acontecimientos políticos y económicos, y con la ansiedad nerviosa y los permenores que el caso requiere, los últimos *campeonatos* y lances del *boxeo*, avanzado y filantrópico ejercicio que va dejando fuera de la moda, sin explicación y sin objeto aquella parte del *retardatario* Código Penal tocante a homicidio, heridas y malos tratamientos de obra; siendo de advertir que los glorificadores del *humanitario boxeo* son tal vez los mismos escandalizados declamadores contra la barbarie animal de los toros. ¿Cómo sucede que este libro del *Alma nacional* no despierta mayores ecos en la de todos los colombianos? ¿Así ha embotado la propaganda mercantilista el sagrado resorte del sentimiento patrio?

A bien llevareis que, para disimular la aspereza de este mi discurso, escrito entre las sequedades y aperturas de míseros pleitos electorales y querellas de *contraloría*, engarce aquí algunos breves pasajes de aquel precioso libro, de los que, a mi parecer, cuadran mejor

a la recepción presente y ponen más de relieve los rasgos de la fisonomía moral y literaria que he procurado delinear.

¿Qué piensa el nuevo académico de la religión de los colombianos? Oigámoslo: «Tal vez no sea aventurado afirmar que entre las repúblicas que constituyen el vasto continente iberoamericano, Colombia es, sin duda, la que heredó de una manera más fuerte algunos de los sobresalientes caracteres de la raza española, y entre todos ellos se destaca el culto noble y ferviente que le profesa a la religión de sus antepasados. Catolicismo ardoroso es lo que mamamos en la cuna, catolicismo de la más pura ley es lo que aprendemos en el regazo materno, catolicismo respiran todas nuestras tradiciones y leyendas, catolicismo es toda nuestra vida y catolicismo es la sangre de nuestras venas y el fuego de nuestras ideas. Por eso los legisladores, filósofos y pedagogos que intenten menoscabar las arraigadas creencias del pueblo colombiano, tratan por lo mismo de destruir y desfigurar el distintivo más prominente de su idiosincrasia.»

Y en otra parte: «La especie de prescindencia artificial de Dios en la instrucción pública es un infantil desatino que suele producir en los pueblos catástrofes sociales muy grandes. El hombre no puede deshacerse nunca de las ideas de *dependencia*, sin que esto produzca un trastorno en las ideas morales. La religión es la que nos da las últimas soluciones sobre los grandes problemas de nuestro origen y nuestro destino después de la muerte; y si uno de los objetivos principales de la educación consiste en transmitir las ideas de cultura que han sido el patrimonio moral de nuestros antepasados, mal podríamos echar a un lado la herencia religiosa de generaciones que nos han precedido, todas creadas en el temor de Dios y animadas a su celestial

influjo para las gloriosas conquistas de la civilización moderna. Si queremos hacer nobles y fuertes a las generaciones venideras, trabajemos por que en ellas marchen unidos la fe religiosa y el adelanto científico, y combatamos por hacer de los jóvenes cristianos a carta cabal y sinceros servidores de la República.»

Hable ahora el patriota y diga cuánto comprende y significa en este concepto el cuidado de la lengua materna: «Lúgubres pronósticos amenazan de cuando en cuando nuestra soberanía, y es preciso que por todos los medios de que dispongamos nos empeñemos en robustecer el vivo sentimiento de amor a la patria. El hombre no sólo pertenece a una especie sino también a una serie que lo une estrechamente con el pasado. Formamos parte de una sociedad con que nos ligan lazos indisolubles, somos miembros de una misma nación y oficiamos en unos mismos altares. Cuando un pueblo está enlazado por los vínculos de la religión, de la raza y la forma de gobierno, su unidad nacional parece asegurada, y Colombia tiene todos estos caracteres. Si logramos establecer rápidas vías de comunicación que aproximen unas a otras las diversas secciones de la República, y a la vez nos comuniquen con el río Magdalena, que es en parte el símbolo de la unidad colombiana, habremos apretado la cadena de elevados y nobles intereses que debe unir a los departamentos entre sí; y si anhelamos saldar nuestras cuentas para con la patria, es preciso elevar de veras a la dignidad de la ciudadanía a la gran masa de nuestra población indígena, que vive en la ignorancia de sus derechos y de sus deberes.»

«Es de suma necesidad que se aprieten cada día más nuestros vínculos con el pasado, porque una nación sin tradiciones nada vale.»

«Uno de los factores más grandes de patriotismo, y a la vez uno de los más eficaces elementos educativos, está en el cultivo de la lengua materna. Se ha llegado a decir que la lengua es la patria, y Faguet equipara al gramático con el patriota. 'Es de observar, dice, que en la época en que un pueblo es próspero, fuerte y glorioso, es también la época en que, particularmente orgulloso de su lengua, la vigila con más celosa severidad, queriéndola pura y bella.' Esto es una verdad respecto de Atenas, de Roma, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de España. En este orden de ideas, el gramático es un patriota, y en su grado, un padre de la patria.

«La lengua de un pueblo es el diáfano molde en que se vacía su pensamiento; es el vehículo espiritual de sus creencias, tradiciones, anhelos y esperanzas; es el horno ardiente de su patriotismo; constituye el alma misma de la nación, identificándose con su historia, en la cual se confunden los remotos orígenes de la una con los de la otra. Si es verdad que una multitud de factores como el clima, la raza, las vicisitudes de cada país determinan en éste una manera peculiar de ver y sentir las cosas, no lo es menos que cada lengua con el ondulante giro de sus propias construcciones y variedad de sus modismos encauza, dirige y da colorido y realce al pensamiento de las agrupaciones enlazadas por la comunidad de origen y por los lazos religiosos y políticos. El pensamiento alemán, el pensamiento francés, el pensamiento español, es la lengua de cada una de estas antiguas naciones. De aquí la enorme influencia de la literatura propia en las costumbres y relaciones sociales, y la necesidad de ennoblecerla y depurarla y darle brillo como medio civilizador de alcance extraordinario.»

«Ya el férreo coloso del Norte pisó con sus soldados el suelo europeo y lo empapó con su sangre. Wilson fue declarado ciudadano ilustre en todos los países aliados, y reconocido como árbitro del Viejo Mundo. Su voz se dejó oír al principio en todos los puntos del globo clamando justicia; y hubimos de creer que sus palabras eran sinceras, porque habría sido inadmisibile el concepto de que el Presidente de la gran república fuera el primer cómico de un sainete mundial. Pero Wilson no es eterno. El comercio de los Estados Unidos se ha hecho dueño de todos nuestros mercados, y nuestros ricos yacimientos de petróleo están en su poder, según parece, merced a criminales y ambiciosas moniobras de descastados hijos de Colombia. Nosotros no podemos repeler la fuerza con la fuerza, ni enfrentar nuestros cañones con los suyos. Sólo nos queda un medio de defensa, y es el de oponer a un probable peligro de nuestra nacionalidad amenazada el doble obstáculo de nuestra religión y nuestra lengua.»

«Es simple cuestión de raza y de supervivencia nacional el que la América entera se una apretando siempre más los eslabones de su historia. Profesamos todos la misma sagrada religión, que hizo la gloria de nuestros mayores; vivimos todos a la sombra protectora y secular de la república, y sobre todo, una misma lengua es la rápida misionera de nuestro pensamiento.»

Trata con predilección el señor Mora los asuntos pedagógicos, que son de su especial competencia, insistiendo en la necesidad de enaltecer la carrera del maestro, de imprimir a la educación carácter nacional y de que en toda ella, por una parte se respete y guarde la tradición, tesoro acumulado por los siglos, cadena de oro que nos hace unos con nuestros mayores, y por

otra se aprovechen con generoso espíritu los adelantos de la civilización moderna.

¿Qué ideal hemos de proponernos en la formación y enaltecimiento del alma nacional?

«Una nación puede vivir—dice nuestro compañero, alarmado con los avances del exclusivismo mercantilista—sin gigantescas obras materiales, sin comercio universal, sin diarios políglotos, sin complicadas redes ferrocarrileras; pero no puede existir sin la meta inaccesible de ideales siempre renovados, y sin hombres superiores que hacia ellos les sirvan de guía. El poder de un país está en razón directa de las nobles aspiraciones que muevan el alma colectiva; y en el caso de que los eximios varones que nos precedieron enarbolando brillantes enseñas y alumbrando nuestros caminos con faros esplendorosos, ya no tuvieran ningún prestigio en nuestros corazones, sería imposible que nosotros a nuestra vez les comunicáramos a nuestros nietos la enérgica fe que se necesita para cumplir una obra común de enaltecimiento entre varias generaciones.»

No desaprovecha el señor Mora ocasión ninguna de exhibir la secta decadentista y sus raquílicas derivaciones actuales a la execración pública y de fustigarlas con frases tan enérgicas como éstas: «Muy poco es lo que se puede esperar de una generación corroída por el pesimismo, y el trasunto más exacto y completo de esta desconsoladora enfermedad del alma está en la poesía de la juventud contemporánea. No hay una sola nota robusta y ardiente en toda la lírica colombiana de los últimos años. Los poetas nacen y desaparecen como las hojas de los árboles en el breve transcurso de la primavera al otoño, y casi nada va quedando de estos cantos de un día. Los actuales poetas no son ahora, como se dijo en otro tiempo, pajaritos que gorjean en el

árbol de Víctor Hugo, sino macilentos y pésimos imitadores de *Las flores del mal*. La decrepitud anticipada, el descontento malsano, el hastío de refinados placeres verdaderos o fingidos hacen de nuestra poesía una enfermiza planta de acres y penetrantes olores, en la cual prevalece un solo color, de manera que sería una obra de crítica muy sutil y difícil distinguir a un poeta a otro. Los cantos patrióticos, la alegría de los espíritus vigorosos, el placer de vivir en lucha incesante, la fe hermosa y fecunda en los triunfos del hombre está desterrada de los perezosos versos de ahora, en cuya factura los poetas han puesto la semiinconciencia o el ensueño borroso de los infelices vencidos por un ataque de opio.»

Sobrada razón asiste al señor Mora para denunciar esta tendencia, escuela o secta literaria, como uno de los más perniciosos enemigos del alma nacional; concepto digno de tan profundo psicólogo y experimentado maestro de humanidades. Por mucho mal que se diga, nunca se dirá bastante mal de la plaga del decadentismo, que tamaña devastación ha hecho en el campo, antes tan risueño y lozano, de las patrias letras; nunca se prevendrá lo suficiente a la juventud estudiosa contra esa literatura nihilista y depravada, *flor de mal*, orgía de tinieblas y disonancias, alarde de insensatez y degeneración, escuela de gerundianismo ateo, de simbolismo delirante, de ataxia mental, de sordomudez métrica, escuela donde, como en caverna de pájaros nocturnos, se huye de la luz, de la proporción y la armonía, y donde se suman y barajan, sin ninguna compensación provechosa, y llevados a extremos inconcebibles, los peores amaneramientos del pseudoclasicismo y las aberraciones del romanticismo frenético. ¿Y qué si no eso ha de dar de sí la negación de lo absoluto administrada como sustancia y pan de cada día a las nuevas generaciones; qué otra cosa ha de producir la doctrina del *perpetuo*

dévenir, el dogma de la evolución ciega, arrolladora y fatal, el culto de la lubricidad, el olfato hecho sentido artístico por excelencia, la sugestión animalésca convertida en estimulante, cebo o carnaza, de las facultades creadoras, la vanidad petulante y despechada que desprecia lo que no entiende? Harto se explica que este sistema literario reúna en torno suyo el numeroso ejército de los degenerados, de los incapaces, de los fracasados que, al decir de Fallon, «estudian en sus propias obras,» y que «antes de aprender a leer y escribir, como el celeberrimo de Campazas, ya saben predicar.» Oh! no es el delirio, no la decadencia, no el ensueño morboso y evanescente lo que puede producir una gran literatura que mantenga las gloriosas tradiciones de nuestra Patria; no son las sensaciones olfativas al gusto de Baudelaire y de Zola las que transportan el alma a las esferas resplandecientes del ideal; no son esas *ojerás* y *palideces* de la morfina, esas flores *negras*, esos *idilios verdes*, esas *sinfonías grises*, los temas dignos de almas viriles y corazones sanos; no son las embriagueces de los sentidos, aun producidas por los medios más refinados y elegantes, las que pueden formar una juventud vigorosa, capaz de llevar a término el engrandecimiento de Colombia: *Ad majora nati sumus*.

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores intentos es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

Versos tales como estos eran los que se nos leían en otro tiempo en las clases y en las reuniones de familia. ¡Oh noches de lectura en familia, cómo olvidaros! Esos eran los tiempos en que viejos y jóvenes, maestros y alumnos pensábamos deber gloriarnos de ser una nación con personalidad y carácter propios, con su color y sabor propio, con muchas cosas suyas, características, hermo-

sísimas, dignísimas de cultivarse y guardarse sin contaminaciones, en que nada teníamos que envidiar sino tal vez algo que hasta pudiera merecernos la envidia de otros pueblos. No había, en verdad, los ferrocarriles de ahora, aunque si soñábamos en construirlos ¡que sí soñábamos!; pero en cambio sentíamos con mucha fuerza el honor y la dicha de ser colombianos, sentíamos la alegría de vivir, gustábamos con regodeo el sabor de nuestras fiestas, de nuestros viajes, de nuestras comidas, de nuestras costumbres campesinas; y anhelábamos y creíamos poder progresar, progresar mucho en todos sentidos, progresar indefinidamente (aunque no con la evolución panfística del *perpetuo devenir*) sin necesidad de renegar de nosotros mismos. Queríamos, pues, mejorarnos sin desvanecernos, modernizarnos sin *modernismo*. Conocíamos nuestra personalidad, teníamos conciencia de ella, y esa conciencia nos bastaba, sin necesidad de meternos en la subconciencia. Eran nuestros libros favoritos las *Lecturas de literatura castellana en prosa y en verso*, las *Lecturas selectas* y otros por el estilo, en los cuales aprendíamos sin exclusivismos de escuela, sin mezquindades de pandilla, junto con las odas de fray Luis, *Las ruinas de Itálica*, las silvas de Bello y las de Quintana, trozos del *Moro expósito* y de las leyendas de Zorrilla, los poemas entonces recientes de Campoamor y de Núñez de Arce y los versos de nuestros poetas nacionales, vivos algunos de ellos en esos días. ¡Qué estrofas aquellas tan musicales y evocadoras las de Pombo y de Fallon! Entendíamos nosotros ser la poesía una divina música de pensamientos, que tiende por su naturaleza a traducirse y verse en otra sensible y peregrina armonía, la del verso, y que juntas y fundidas las dos hacen vibrar el alma en la plenitud de la hermosura. Entonces andaban muy en boga las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*; honrada la gramática como arte nobi-

lísima, y considerado «el bien decir como una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y medio indispensable para los que, ora sea hablando, ora escribiendo, quieran hacer valer para sus semejantes los talentos con que los ha favorecido la naturaleza»; y pasaba como proverbio, en la fórmula creada por nuestro más sabio filólogo, que «nada simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua.» Docto y gramático era para nosotros uno mismo; idea en que nos confirmaba el socorrido epigrama de Ausonio sobre el bibliómano ignorante

*Emptis quod libris tibi bibliotheca referta est,
Doctum et grammaticum te, Philomuse, putas;*

ni nos sorprendiera saber que el famoso humanista Nebrija, honor de su patria y de su siglo, hubiese antepuesto el de *gramático* a cualesquiera otros honoríficos dictados. Estimábamos nuestro idioma, la magnífica sinfonía de nuestro idioma castellano, formada por místicos y caballeros, como un inapreciable tesoro, digno de la envidia de naciones materialmente más poderosas que la nuestra. ¿Cómo había de pasarnos siquiera por la imaginación que llegaría tiempo en que hasta en punto de lenguaje querríamos dejarnos imponer la ley por nuestros enormes vecinos de la enorme República del Norte?

Los que éramos entonces mozos, hoy hombres muy entrados ya en el crepúsculo de la tarde; los que nos gloriamos de habernos sentado ante la cátedra de José Joaquín Ortiz, y pudimos sentir muy de cerca las palpitaciones de aquel gran corazón que a través de los años vibraba con los acentos épicos de la guerra magna, y vimos humedecerse con lágrimas de emoción aquellos ojos claros que se cruzaron con los de Bolívar en los días de triunfo y en los del abatimiento, y contemplámos aquella cabeza de nívea y aborrecida cabellera, que reclamaba el laurel del Tasso, y oímos al viejo sublime

declamar, gravemente extendido el brazo derecho, y a veces remedando de propósito la voz penetrante y recia pronunciación de campamento del Libertador, el canto a la *Bandera colombiana* y el de Olmedo a la *Victoria de Junín*; los que celebrábamos a todo reír las coplas de Carrasquilla y los cuadros de costumbres de Silva y Marroquín; los que estudiábamos, con el consejo y los comentarios de Diego Rafael de Guzmán, *El Quijote* y los *Romances caballerescos*, no podemos menos de hacer desoladora comparación entre aquella literatura tan ingenua, robusta y vivificante, que daba alegría y gloria y alientos para luchar, y estos míseros engendros del decadentismo atáxico, vagabundo, que nos debilita y nos deshonor.

A Ortiz tributa el señor Mora frases del más cariñoso entusiasmo, que yo por mi parte debo agradecerle y cordialmente le agradezco, no sin hacerle de paso una ligera rectificación, oportuna para la Academia y que a todos nos importa. Es verdad, ¡y triste verdad! que en las fiestas centenarias de la República no se hizo mención alguna del gran poeta de Colombia heroica, ni se decretó monumento alguno a su memoria; pero en el aniversario secular de la batalla de Boyacá un discípulo del gran maestro, el más oscuro de ellos, acometió privadamente y llevó a cabo la colocación solemne de una losa de mármol con esta inscripción en letras de oro: *En este sitio estuvo la casa en que vivió y murió José Joaquín Ortiz, el cantor de la Bandera colombiana.*

A la gloriosa escuela de que son símbolo nombres como los de Bello, Ortiz y Caro pertenece el señor Mora, digno por este otro título del honor que le ha discernido la Academia. Es poeta clásico, pero no en el sentido de aquellos fríos versificadores entretenidos en hablar por circunloquios y jugar con un olimpo de dioses de cartón; sino en el más alto y comprensivo significado de la pa-

labra; poeta que siente con hondo sentimiento la naturaleza y la antigüedad, como las sintieron Chénier, Keats y Heredia; que ha penetrado con emoción en la desolada tristeza de Ovidio y de Tibulo; y que, hervoroso de afectos cristianos y dueño al mismo tiempo de la exquisita forma aprendida en los modelos griegos y latinos, ha sabido aliar en sus cantos, no muy numerosos, la elevación de las ideas, la delicadeza del sentimiento, y la pureza de la expresión artística.

En el discurso que acabáis de oír, en que se hace tan oportuno y cumplido elogio de la dignidad de la gramática, como cumple al sucesor en el sillón de la Academia de quien en más de cincuenta años de enseñanza de esa a la vez ciencia y arte preciosísima granjeó títulos inmortales de sabio y de patriota, veis cómo analiza y discurre el filósofo, explica el pedagogo, diserta con suave amenidad el humanista y se siente palpar al poeta: nada menos se requería para ensalzar y encarecer el amoroso cultivo de la lengua materna, la lengua en que nos hablaron nuestras madres, en que nos habla la Patria, en que nos habla Dios; la lengua que es el eco de nuestro corazón y el aliento de nuestra alma. Si el buen gusto en literatura no acaba de acabárenos, si el cuidado de intereses distintos de los mercantiles vuelve a no ser mirado como señal de atraso entre nosotros, puede anunciarse que fragmentos del discurso que hoy hemos oído figurarán, y no indignamente, en las futuras antologías, al lado de los del *Prólogo* a las *Apuntaciones críticas* y del discurso *sobre el uso en sus relaciones con el lenguaje*. Hoy por hoy sirva la docta disertación del doctor Luis María Mora para hacer reflexionar a la Academia sobre la gravísima obligación que le corre, sobre el compromiso de honor que tiene contraído ante Colombia, ante España, ante la América española, ante la raza y

ante la historia, de velar por la conservación, incremento y honra del idioma castellano, y por la restauración y progreso de la patria literatura. Los poderes públicos, que ya le destinaron para albergue un hermoso edificio, ordinariamente vacío, mudo, o en lástimoso préstamo, querrán sin duda, atentos a los más altos intereses de nuestra cultura y buena fama, favorecer a la Corporación y honrarla haciéndola cuerpo consultivo suyo en todo lo que se refiera a su instituto, y decretándole los auxilios indispensables para ciertos servicios, apertura de concursos, publicación de libros y otras empresas. Paréceme que entre éstas merecerían la preferencia la formación del *Diccionario de provincialismos* y la del *folk-lore* de Colombia. Abunda en estos deseos y propósitos nuestro ilustre Director, quien, como os consta, nos llama con insistencia a reunirnos, y por desdicha nos llama inútilmente.

El día en que solemnizamos la llegada del doctor Luis María Mora a ocupar el puesto de don Diego Rafael de Guzmán, podemos decir que damos oficialmente el último adiós al ilustre académico. En homenaje a su memoria prometamos hoy acometer con brío y perseverancia las obras que nos corresponden en guarda del idioma y literatura que él tanto amaba.

Quiero figurarme que sobre la mesa a cuyo rededor nos congregamos yace la espada con que el difunto caballero señor de Guzmán lidió en más de medio siglo por la integridad y pureza de la lengua castellana. Yo dirigiéndome a ella le diría con palabras de uno de los romances del Cid:

Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado.

La Academia Colombiana tendrá en el doctor Luis María Mora uno de sus más eficaces agentes para la obra de cultura, de patriotismo y de defensa nacional que por su instituto le está encomendada.

He dicho.